

Podemos gozarla, ahora, con la ayuda de este guía informado y culto; y saber que en el arte pictórico también hemos dado buena manifestación del mundo espiritual chileno.

Acaso no faltarán los pintores insatisfechos, unos por no figurar en esta Historia y otros por considerar poco elogioso lo que de ellos se dice. La misión del crítico es siempre ingrata; felizmente él está a cubierto de estas reacciones temperamentales.

Debemos, finalmente, subrayar la calidad de la impresión de esta *Historia de la pintura chilena*. Magníficas las 33 láminas a todo color y muy buenas las 9 ilustraciones en blanco y negro. Acaso debió usarse para éstas un papel que evitara la transparencia. Es una edición que honra a la industria editorial chilena.

M. R.

<https://doi.org/10.29393/At390-103OCJM10103>

#### OBRAS COMPLETAS DE FEDERICO GANA

Prevenido contra “esa horrible cosa que en nuestros trigos llamamos obras completas”, al decir de Gabriela, aunque, por otra parte, asegurado por esa marca de garantía que es Alfonso M. Escudero, releí a Federico Gana en la reciente edición de *Nascimento*. Están allí *Días de campo*, *Otros cuentos*, *Manchas de color*, *Siluetas de artistas*, *Entrevistas y Recuerdos*, más una introducción del padre Escudero y un postfacio de Alone.

Elementos decisivos en la obra de Gana son la calidad humana de sus héroes, el tono sin aspavientos, el paisaje y lo autobiográfico. El paisaje es importante en nuestro autor. No presenta ni su fotografía ni su repudio, sino que está en el lugar preciso, sin intromisiones enojosas ni olvidos lamentables. Sencillamente, sirve de complementación al ser humano, impostergable héroe que no se resigna a lugares secundarios, ahogado por densas marañas zoológicas y vegetales.

Por lo demás, existe una sabia graduación en su aprovechamiento: convive con el protagonista, sintiendo con él:

“Todo lo que me rodea, parece nuevo, brillante, claro: los campos, las casas, los montes distantes, hasta la blanca torrecilla del cementerio lugareño, que contemplo en lontananza, a través de los álamos negruzcos. Yo me siento también ágil, ligero y alegre, con el corazón henchido de no sé qué vaga, indefinible esperanza” (“Paulita”, página 89).

Pero, otras veces, desaparece cuando el interés humano es superior, mostrando la legítima subordinación que Gana reconoce y practica. “La Maiga”, uno de sus relatos mercedamente clásico, tiene adecuada estructura para ejemplarizar. El “se sentía poseído de una incomprensible hipochondría”, que desea alejar con una conversación con “mi buen amigo el párroco de la vecina aldea de Y.” Cabalgando a través del campo, el paisaje es quien distrae a nuestro aburrido caballero. Sin embargo, paulatinamente va desapareciendo al enfrentar un modesto entierro campesino. Entonces sólo existe lo humano.

Sin embargo, la solución frecuente no es la conmiseración. Por el contrario, la naturaleza permanece ajena a los sentimientos mostrándolo en diversidad de ocasiones. Ya es

“Salgo rápidamente de aquel tugurio. Afuera ríe el sol.” (“La jorobada”, página 153),

o bien

“¡Ay!, qué triste está todo mientras las aves cantan”. (“Me miro vagamente”, página 230).

Tal vez donde Gana se muestra más personal, donde entrega mayor cantidad de datos autobiográficos, es en sus “Manchas de color”, pensamientos dichos a quizás qué oído, buscando comprensión, verdad inmutable, base sólida para vivir y creer. Allí es el hombre al desnudo quien expone sin trabas su ideal de vida:

“Yo pienso que la vida debe vivirse confusa y armoniosamente, con ánimo resuelto y alegre; no profundizarla, porque en el fondo hay dudas y amarguras sin cuento” (“Pensando”, página 224).

Este desaliento, este resignarse a la epidermis, “porque en el fondo hay dudas y amarguras sin cuento”, muestra el escepticismo que pudieron producir la pérdida de la inocencia (“...en los días lejanos de la pubertad perdidos para siempre”, “Silueta”, página 222) o la falta de un amor sostenido y favorecedor (“Voces íntimas”, página 211, y “Diálogo breve”, página 223). Y no debe olvidarse “La capa encarnada”, símbolo elocuente de las glorias pasadas de un bohemio que traducía del francés.

La estampa de Federico Gana se ve actualizada con esta edición que prestigia mercedamente tanto a él como al introductor, concienzudo, irreprochable en la documentación y certero en el juicio. Sólo pienso en otros de nuestros autores. ¿Qué será, por ejemplo, de Carlos Acuña y su delicioso “Capachito”?

JORGE MELLADO

*La división de la tierra en Chile Central*, de GENE ELLIS MARTIN

Editorial Nascimento. Santiago, 1960

He aquí una obra que fuera elaborada como tesis para optar al grado de Doctor en Filosofía por Gene Ellis, ingeniero de vibraciones, huésped científico del Instituto de Geografía de Chile durante los años 1953-54.

Para los chilenos, este trabajo de investigación, llevado a efecto de una manera objetiva, tiene la virtud de mostrarnos los efectos sociales y técnicos de la parcelación de la tierra, antesala de una reforma agraria, de curso natural, producida en función de las circunstancias geográficas. En toda la obra, se destaca la postura científica del autor, siempre al